La buena literatura

Elena Medel

La buena literatura pregunta. Los libros que merecen la pena siembran la duda en quien los lee, prenden la mecha del diálogo: por qué el autor decidió una estructura u otra, qué aspiró a contar, cuál es el motivo para difuminar los rasgos de según qué personaje en vez de subrayarlos. La buena literatura equivale a conversación: los libros correctos se leen con mayor o menor entusiasmo, se cierran, se olvidan. Pero con la buena literatura se discute; a la buena literatura se le lleva la contraria, nos molestan sus caídas y nos entusiasman sus hallazgos. *Sospecha*, de José Ángel Mañas (Madrid, 1971), incita al rifirrafe. Una llamada anónima acusa a Daniel Campuzano, asesino en periodo de reinserción, de planificar el asesinato de Inmaculada, ayudante de farmacia en el pueblo –«que no existe»– de Sagrario. Atiende el teléfono Duarte, quien junto a su compañero Pacheco visita a la chica y certifica que todo marcha bien. Algo se tuerce cuando la muchacha aparezca muerta y violada dos semanas después, las sospechas recaigan en el inspector, y comience el juego: la Guardia Civil acusa a Duarte, los compañeros –excepto el fiel Pacheco– dudan de su inocencia, y bailan las coartadas y los testigos. Esto es *Sospecha*: una novela negra entretenida, bien armada, en torno a la desconfianza. Por ella beben los policías malos, corren los buenos, se compinchan los delincuentes, taconean las chicas guapas y de unos a otros se cruzan las preguntas sin respuesta.

Las dudas acerca de *Sospecha* surgen al plantearnos en qué se cimienta todo, qué pretende José Ángel Mañas. Adivinamos dos posibilidades de lectura: bien la limitada al mero –y muy válido– entretenimiento, bien otra de mayor calado artístico, en línea con las grandes novelas negras, que se sirven del crimen y su investi-

---

José Ángel Mañas. *Sospecha.* Destino, Barcelona, 2010.

gación como pretexto para el análisis social. No resulta gratuito que Mañas deslice su filiación literaria a través del abogado Molina: sus raíces se hunden más en Dashiell Hammett que en Raymond Chandler, e intuimos que la decisión de Mañas corresponde a la segunda posibilidad. En cualquier caso, de una u otra forma, *Sospecha* no resulta una novela lograda. De equivocarnos, y optar Mañas por la primera opción, el intento de abordar varias subtramas nos desorienta, puesto que ninguna crece con entidad suficiente como para captar nuestra atención. Se mencionan hechos sin más, se evaporan igual que irrumpieron e interrumpieron. Si –por el contrario– Mañas busca algo más con el planteamiento formal de *Sospecha*, el problema se repite.

Esta ambición –que debemos aplaudir, por supuesto: benditos los errores, que garantizan la capacidad para el riesgo de su autor, la buena disposición para algo más que solventar la apuesta con oficio– malogra sus objetivos. Las historias secundarias no se despegan de la principal: la relativa al hermano de Pacheco y su relación tanto con los vecinos como con su vida antes de la cárcel, ¿qué aporta, juega algún papel al margen de presentarnos otra cara del policía? ¿Y el padre de Duarte? ¿Por qué y para qué aparece? ¿Justifica su comportamiento y remata la novela, o añade páginas? En la trama principal Mañas desliza otras problemáticas, como el *boom* de la construcción o la prostitución de inmigrantes ilegales, que en ningún caso superan el esbozo: se limitan a simples alusiones, largas anécdotas que se cuelan de manera puntual en el relato, sin dar tiempo a más ni reaparecer. Su eliminación no afectaría a la lectura, no tanto por su vinculación con el hilo conductor –que en ningún caso cojearía sin ellas– como por su incapacidad para engancharnos a lo que nos cuentan. Otro ejemplo son las escenas en las que aparecen los Gutiérrez, o se les menciona: una familia cuya existencia apenas demuestra la conexión entre Campuzano y el principal testigo contra Duarte, además de provocar la agresión y el robo a Saluerto, uno de los pocos secundarios jugosos, con su propio conflicto a cuestas.

Y es que otra de las preguntas a José Ángel Mañas enlaza con esa definición translúcida de las subtramas, e incide en la tendencia de *Sospecha* hacia el borrador más que a la firmeza. El dibujo de los personajes secundarios obedece a arquetipos sin matices,

carece de rasgos que nos los presenten atractivos, ricos en particularidades: por ceñirnos a los femeninos –sin olvidar la topiquísima conversación entre Pacheco y Roni, su ex novio–, calcan un estereotipo que brilla por su inconsistencia. Conocemos a la abnegada Paloma, «la Bruja», esposa de Duarte, que renunció a su incipiente carrera política –lo sabemos, de nuevo, por el abogado Molina– para transformarse en el ángel del hogar, y desconocer más tarde las infidelidades de su marido, tras liberar –eso sí– «dos impresionantes y doloridas tetas» al desabrocharse el abrigo mientras comparte su tristeza con Pacheco. Y a la prostituta búlgara Magdalena, de ojos con «un deje melancólico», puesto que «algo triste en el fondo de su mirada sugería una de esas historias patéticas, llenas de peripecias inverosímiles, a medio camino entre los clubes de varios países, cuyos papeles retiene el dueño de uno «de los putiferios con mejor nombre del sur de Madrid», y que no duda en aceptar el soborno de Duarte, mintiendo a cambio de un fajo de billetes. O a la joven y ambiciosa Inmaculada, «buena trabajadora», de quien su jefa aseguraba que sus flirteos con los clientes dependían «de si tenían dinero. Le gustaban los hombres mayores... Mayores y con posibles». ¿Qué las mueve a actuar? De hecho, ¿actúan? Una acompaña, la otra entretiene, la de más allá provoca el conflicto: cumplen su papel, y adiós.

La última pregunta recae en el narrador. ¿Qué camino escoger? ¿Reclutar a las palabras para que trabajen al servicio de la historia, o supeditar la trama al uso del lenguaje? Existe un término medio, desde luego, pero José Ángel Mañas no opta por la tibieza: el resultado es una escritura descuidada, que en algunos momentos lastra a la propia historia. No hablo de la opción, lícita y muy personal, de castellanizar los extranjerismos, las siglas o las marcas, ni me refiero a algunas imágenes desafortunadas –como el «Citroen Zara de color caca» ya consignado en otra reseña–, sino a otros párrafos en los que encadenan repeticiones innecesarias, cacofonías, expresiones que rebasan el coloquialismo... Nos transmiten esa sensación el bloque cuarto del capítulo primero, o el tercero del capítulo undécimo, por referirme a dos fragmentos en los que la novela confunde la fluidez y el trompicón. Más que al realismo, la literatura de Mañas aspira al costumbrismo –cita a Fred Vargas, especialista en conjugar lo *noir* y el ras del suelo; también a de

Karmelo Iribarren, Raymond Carver o Roger Wolfe, claves en otro sentido–, como certifica su regodeo en el día a día de la clase media, su decisión de ubicar casi toda la novela en ciudades de la periferia madrileña, o su gusto por la exactitud al decidir las rutas que siguen sus personajes. En este sentido, destaca –para muy bien– todo el tramo desde el reencuentro entre Pacheco y su hermano a la llamada de Eusebio Besteiros, esa misma noche. Las descripciones, cuando importan, nos regalan los más verdaderos pasajes de *Sospecha*.

«¿No te das cuenta de que las historias sólo se cierran en las novelas? ¿Se sabe quién fue Jack el Destripador, o qué demonios ocurrió cuando mataron a Kennedy? ¿Se ha enterado alguien de lo sucedido el día de los trenes de Atocha? En la vida no hay certidumbres, solo conjeturas, aproximaciones, iluminaciones parciales. Cuando sepas convivir con la incertidumbre, habrás empezado a entender de qué va todo esto». Lo advierte Duarte a Pacheco, y con ellos José Ángel Mañas abre el turno de preguntas sobre *Sospecha*. Si Mañas no hubiera escrito muchos libros que merecieran la pena, si *Sospecha* careciera de ganas de ser algo más –le sobran, y quizá esa energía, esa necesidad de proclamarse como gran novela, supone su mayor barrera para conseguirlo–, nos limitaríamos a saber qué ocurrió, cómo y ya. Sin embargo, los mejores momentos de *Sospecha* –casi todos vinculados a Saluerto, ese personaje tapado, compañero de los policías pero jamás colega ni amigo, con claroscuros reales y chicha– demuestran que José Ángel Mañas escribe buena literatura, y que *Sospecha* –imperfecta, con sus carencias y virtudes– establece ese diálogo necesario y vital entre autor y lector